



APUNTES Y NOTAS

PRESENTACIÓN EN COLOQUIO DE LA COMISIÓN UC
PARA EL ANÁLISIS DE LA CRISIS DE LA IGLESIA CATÓLICA:

COMPRENDIENDO LA CRISIS DE LA IGLESIA

por Eduardo Valenzuela



© Pontificia Universidad Católica de Chile, Luis Barriga A.

Agradezco al Rector por la confianza que ha puesto en esta Comisión, a los Decanos que se han comprometido con ella, sobre todo a los profesores que la componen que han dedicado tiempo y esfuerzo por llevar adelante su tarea. Como se ha dicho, esta es una Comisión que desea ofrecer humildemente su contribución en la documentación, comprensión y análisis de la crisis por la que atraviesa la Iglesia Católica chilena. No es una Comisión de Verdad y Reconciliación en la línea de las que ha habido en derechos humanos, ni una Comisión Investigadora en el sentido parlamentario,

no pretendemos adjudicar ni dirimir responsabilidades en esta crisis eclesial. Se asemeja más al encargo que algunas Conferencias Episcopales han hecho a determinadas universidades para recopilar antecedentes y analizarlos a la luz del conocimiento académico (sobre todo en lo que cabe al abuso sexual de menores, que ofrece problemas muy delicados de comprensión científica) y que aprovecha además la templanza y la imparcialidad característica de la actitud académica. Esta Comisión no ha sido solicitada, sin embargo, por los obispos y se ha autoconstituido de manera independiente en el marco —como ha dicho el Rector— de nuestra responsabilidad y misión propia como universidad católica y del impulso que ha entregado el Papa Francisco para iniciativas de este tipo. Debo decir, no obstante, que esta Comisión es en cierto sentido parte de nuestra propia crisis porque en ella se refleja la dificultad que hemos tenido para escuchar y atender a las víctimas (que todavía esperan por una comisión propia), la indiferencia del Estado frente al problema (que suele constituir comisiones investigadoras por cualquier cosa nimia, pero no por esta), la incapacidad de los obispos para pedir y recibir la ayuda y consejo que otros pueden brindarles y la tardanza con que los laicos hemos asumido nuestra responsabilidad en esta crisis.

Esta Comisión tiene la originalidad de abarcar comprensivamente la crisis incluyendo la pregunta por la naturaleza y alcance del abuso sacerdotal de menores, pero también las interrogantes que surgen acerca de la respuesta que ofrecido la Iglesia y del impacto que tiene la crisis sobre la conciencia, actitudes y comportamiento de la Iglesia y de la sociedad. Hemos organizado por ello tres grupos de trabajo que luego entregarán un reporte breve y preliminar del trabajo adelantado.

Desde el comienzo hemos adoptado una definición tripartita de la crisis: no se trata solamente de abusos sacerdotales de suyo terribles, porque fueron cometidos contra niños, en contextos eclesiales y utilizando muchas veces los recursos que proporcionaba la propia religión. La crisis se multiplicó sobre todo por la incapacidad de las autoridades eclesiásticas para responder con un sentido elemental de caridad hacia las víctimas y de justicia hacia los responsables. Pero en modo alguno la crisis se limita al ámbito institucional: la crisis ha provocado una angustia y desafección devastadora

Esta Comisión es en cierto sentido parte de nuestra propia crisis porque en ella se refleja la dificultad que hemos tenido para escuchar y atender a las víctimas (que todavía esperan por una comisión propia), la indiferencia del Estado frente al problema (que suele constituir comisiones investigadoras por cualquier cosa nimia, pero no por esta), la incapacidad de los obispos para pedir y recibir la ayuda y consejo que otros pueden brindarles y la tardanza con que los laicos hemos asumido nuestra responsabilidad.

entre los fieles, el colapso de la confianza pública y una crisis que sin duda alcanzará la experiencia misma de la fe y quizás de los fundamentos de nuestra cultura religiosa. Al comienzo fue una crisis radicada en el sacerdocio presbiteral que obligaba a revisar la formación de los sacerdotes y prevenir desviaciones en el desarrollo de la vida sacerdotal. Pronto se comprendió que era una crisis que afectaba al conjunto de la institución eclesial que obligaba a revisar esta vez las estructuras de autoridad con las que la Iglesia se organiza y con las que se relaciona con los fieles y la sociedad. De a poco comienza a dibujarse esta tercera cara de la crisis, una crisis que afectará el contenido y la forma de toda nuestra experiencia religiosa, quizás no del núcleo de nuestra fe, pero sí de la manera en la que la hemos comprendido y vivido. Queremos abarcar por esto la crisis en todas las dimensiones en que ella se presenta.

Hoy sabemos que esta crisis de los abusos es una crisis mundial y el caso chileno ha sido decisivo en esta comprensión del carácter global de la misma, que nació en la cultura liberalizada norteamericana en los noventa, pero reaparece en una sociedad nacional católica como Irlanda y eclosiona luego en un país como el nuestro, muy distante también de los focos de la secularización moderna.

Nuestra comprensión de la crisis ha cambiado totalmente en el curso de estos años. ¿Por qué la crisis se sucede en contextos y escenarios por lo demás muy variados casi con las mismas características? Esto nos ha obligado a mirar dentro de la Iglesia, no afuera. El problema es algo que hacemos nosotros mismos, algo que no habrá que apresurarse en definir pero que obliga no solo a la reflexión, sino como se dice en la Iglesia cuando se trata de mirarnos a nosotros mismos, al discernimiento, que será en adelante una tarea de todos.

Uno de los propósitos de esta Comisión, sin embargo, es preguntarse por la especificidad del caso chileno en el marco de esta crisis mundial. No adelantaré conclusiones —porque no las tenemos—, pero el análisis comparado ofrece algunas indicaciones preliminares. Respecto del alcance y naturaleza de los abusos, el caso chileno muestra el mismo patrón mundial (incluyendo una tasa de denuncias que fluctúa en torno al 6% de sacerdotes, aunque en nuestro caso las cifras son todavía muy inestables), pero sorprende el compromiso de sacerdotes influyentes y de gran renombre. Tenemos demasiado abuso localizado en el alto clero, lo que produce no solo un impacto particularmente terrible al abuso eclesial chileno, sino que confirma que en todo esto existe una distorsión gravísima en el uso del poder que se les ha confiado a los sacerdotes y autoridades religiosas.

Respecto de la respuesta de la Iglesia, hemos encontrado las dificultades habituales de negligencia y encubrimiento, pero también una respuesta institucional que se encuentra muy debajo de la que han entregado otras iglesias en el mundo, sobre todo en acogida, asistencia y reparación de víctimas; en sistematización, análisis y divulgación de información; en contacto y cooperación con las autoridades civiles, y en el cuidado y atención que requieren las comunidades eclesiales afectadas y el pueblo de Dios en general. En todo esto tenemos evidencia de que otras iglesias lo han hecho mucho mejor.

Respecto del impacto, constatamos la peor crisis de credibilidad de la Iglesia en su historia (algo inédito en países como el nuestro, que no tuvieron la crisis de la Reforma ni conocieron la corrupción eclesiástica hasta el día de hoy). También observamos una deserción masiva de los fieles que están progresivamente vaciando las iglesias (los datos de encuesta muestran una caída en quince años a la mitad de los católicos que observan la misa dominical), con gravísimas consecuencias sobre la transmisión intergeneracional de la fe y la adhesión religiosa de los jóvenes (como hubo de constatar el Papa al mirar la asistencia al Templo votivo de Maipú con ocasión de su visita).

También esta Comisión desea preguntarse por las causas de todo lo que ha sucedido en talante académico, es decir, en un marco de interpretación abierto donde cabe la diversidad de pareceres y las conclusiones provisorias. En esto hay mucha ropa tendida, por lo que debemos reflexionar con serenidad y cautela. Algunos adjudican la crisis a los excesos posconciliares que empujaron a un contacto demasiado estrecho y temerario con un mundo que entraba en una fase de apresurada liberalización y secularización. Otros creen que la crisis hunde sus raíces en la dificultad del catolicismo por comprender la emancipación moderna de la subjetividad que ha cambiado por completo los márgenes exigibles de la libertad personal y nuestra relación con la tradición, la autoridad y el ejercicio tolerable del poder. Nuestro continente es testigo de que la crisis de los abusos sexuales se instaló muy lejos de los excesos posconciliares, tristemente en casi todas las órdenes religiosas que se crearon expresamente para frenarlos. También es cierto que la crisis no reconoce una línea teológica divisoria y ninguna obra presbiteral de la

Algunos adjudican la crisis a los excesos posconciliares que empujaron a un contacto demasiado estrecho y temerario con un mundo que entraba en una fase de apresurada liberalización y secularización. Otros creen que la crisis hunde sus raíces en la dificultad del catolicismo por comprender la emancipación moderna de la subjetividad que ha cambiado por completo los márgenes exigibles de la libertad personal y nuestra relación con la tradición, la autoridad y el ejercicio tolerable del poder.

¿Hasta dónde y hasta cuándo llegará todo esto? No lo sabemos. Por nuestra parte, nos aferramos a lo que dice san Pablo en su carta a los cristianos de Roma cuando señala que “nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce constancia; la constancia, la virtud probada, y la virtud probada, la esperanza” y agrega que no la constancia, tampoco la virtud, sino solo “la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado”.

Iglesia se encuentra a salvo, lo que introduce mucha incertidumbre en la comprensión y acredita al clericalismo como una de sus causas fundamentales—, tal como ha sugerido insistentemente el Papa Francisco. Nuestra Comisión se afana especialmente en esta línea de interpretación, aunque mantiene abiertas todas las posibilidades, incluyendo también aquella parte que no tiene explicación —¿cómo explicar que el presidente de un tribunal eclesiástico que tramitaba causas de abuso podía seguir siendo un abusador activo?— y que el Papa adjudica simplemente a la obra del demonio.

Estamos todos asombrados por la profundidad de la crisis, “la peor crisis de credibilidad después de la Reforma”, dice Hans Küng¹ con razón. Tomas Doyle —el gran dominico norteamericano que impulsó la investigación del abuso sexual en su país— señala con mucho acierto la gravedad de la crisis en el hecho de que para todos resulta insoportable “la imagen de una Iglesia cristiana que permitió la violación sexual y espiritual de sus miembros más vulnerables y que, al ser confrontada, respondió con una mendacidad institucionalizada y un desprecio absoluto por las víctimas”².

Estamos también consternados por esta “*never-ended crisis*” como han dicho los irlandeses, una crisis que no termina nunca, que prosigue con un nuevo nombre

que sale a la palestra y con una nueva iniquidad cada mes. ¿Hasta dónde y hasta cuándo llegará todo esto? No lo sabemos. Por nuestra parte, nos aferramos a lo que dice san Pablo en su *Carta a los cristianos de Roma* cuando señala que “nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce constancia; la constancia, la virtud probada, y la virtud probada, la esperanza” y agrega que no la constancia, tampoco la virtud, sino solo “la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado”. No perdamos entonces la esperanza de que en esta tarea nos acompaña no solo nuestra modesta inteligencia, sino también la fuerza del Espíritu Santo. **H**

1 Carta de Hans Küng a obispos del mundo (2013).

2 Thomas P. Doyle, “Sexual Abuse by Catholic Clergy: The Spiritual Damage”, en Th. G. Plante, K. McChesney, *Sexual Abuse in the Catholic Church. A Decade of Crisis: 2002-2012*. ABC-CLIO, 2011, p. 176.